



Uno de ellos gritó para avisarle, pero fue demasiado tarde. Las hojas le rascaron, casi con delicadeza. Las ramas más pequeñas lo aprisionaron. Y entonces el árbol y la ladera entera lo aplastaron.

Un hombre con voz jadeante dijo que uno de los leñadores había quedado atrapado debajo de un árbol. El médico le pidió a la auxiliar que averiguara dónde estaban exactamente, pero un segundo después agarró su propio teléfono y la interrumpió para hablar él mismo. Tenía que saber dónde estaban con la mayor precisión. ¿Cuál era el acceso más próximo? ¿De quién era el prado? Necesitaría una camilla. La suya se había quedado en el hospital el día anterior. Le dijo a la auxiliar que llamara a una ambulancia y que les dijera que esperaran junto al puente, que era el punto más próximo de la carretera. En el garaje de su casa tenía una puerta vieja. Cogió plasma en el dispensario; la puerta, en el garaje. Al volante, por las estrechas carreteras comarcales, mantuvo casi continuamente el dedo en la bocina; en parte, para avisar a los coches que pudieran venir en sentido contrario, en parte, para que lo oyera el hombre atrapado debajo del árbol y supiera que el médico estaba en camino.

Cinco minutos después, salió de la carretera y se metió ladera arriba por una pista que se perdía en la bruma. Allá arriba, sobre el río, solía haber esta neblina, una neblina muy blanca que parecía negar toda noción de peso y de volumen. Tuvo que pararse dos veces para abrir cancelas. La tercera ya estaba entreabierta, y pasó sin detenerse. La cancela osciló y golpeó la trasera del Land Rover.

Unas ovejas salieron de pronto de entre la niebla, sobresaltadas, y volvieron a desaparecer. Seguía con el dedo en la bocina, para que el leñador lo oyera. Atravesó un prado más, y vio una figura haciéndole señas detrás de la niebla, como si estuviera intentando limpiar una inmensa ventana empañada.

Cuando llegó hasta él, el hombre le dijo:

—No ha dejado de gritar ni un momento. Debe de tener unos dolores espantosos.

El hombre contará la historia muchas veces, y la primera será esa misma noche, cuando vuelva al pueblo. Pero todavía no era una historia. Cierto que la llegada del médico aproximaba el final, pero el accidente todavía no había terminado: el hombre seguía gritándoles a los otros dos, que acuñaban el árbol a martillazos, preparándolo para levantarlo.

—¡Por Dios! ¡Parad eso!

El médico llegó a su lado cuando estaba diciendo «eso». El herido lo reconoció; su mirada se centró. También para él la conclusión del accidente estaba más cerca, y esto le dio fuerzas para tranquilizarse un poco. De pronto todo se quedó en silencio. Los hombres habían dejado de martillar, pero seguían arrodillados. Miraron al médico sin levantarse. Sus manos conocen bien los cuerpos. Incluso aquellas heridas, que veinte minutos antes no existían, le resultaban familiares. Unos segundos después de llegar ya le había inyectado morfina al herido. La presencia del médico supuso un gran alivio para los tres observadores. Pero entonces les pareció que su seguridad era una demostración de que era una parte más del accidente, casi su cómplice.

—Pudo haberse librado cuando Harry le gritó, pero fue y giró hacia el lado contrario —dijo uno de los hombres arrodillados.

El médico dispuso el plasma para hacerle una transfusión. Mientras lo preparaba todo, tranquilizaba a los otros explicándoles paso por paso lo que iba a hacer.

—Yo le grité —dijo Harry—. Le habría dado tiempo a apartarse, si hubiera sido más rápido.

—Le habría dado tiempo de sobra —dijo el tercero.

Cuando la morfina empezó a hacerle efecto, la cara del hombre se relajó y cerró los ojos. El alivio que sintió en ese momento fue tan intenso que alcanzó a los otros tres.

—Tiene suerte de estar vivo —dijo Harry.

—Le habría dado tiempo de sobra —dijo el tercero.

El médico les preguntó a los hombres si podrían mover el árbol.

—Sí podemos, entre los tres tendremos que poder.

Ya no había nadie arrodillado. Los tres leñadores estaban de pie, impacientes por ponerse manos a la obra. La bruma era cada vez más blanca. La humedad se condensaba en la botella de plasma, ya medio vacía. El médico observó que esto modificaba levemente su color, dándole un tono más amarillo de lo normal.

—Quiero que levantéis mientras le entablillo la pierna.

Cuando el herido sintió las vibraciones del árbol al levantarlo, comenzó a gemir otra vez.

—Podríamos hacerle todavía más daño al sacarlo —dijo Harry. Vio la pierna aplastada bajo el árbol; parecía un perro atropellado.

—Procurad que el árbol no se mueva —dijo el médico.

Viéndolo manipular bajo el árbol la pierna que el cuarto de ellos perdería, aquel médico al que conocían tan bien volvió a parecerles el cómplice del desastre.

—No creíamos que llegaría tan rápido, doctor —dijo el tercero.

—¿Sabes la historia de Sleepy Joe? Pues se quedó atrapado debajo de un árbol, y pasaron doce horas hasta que lo sacaron.

Dio instrucciones para que pusieran al herido sobre la puerta y lo metieran en el Land Rover.

—Ahora estás a salvo, Jack —le dijo uno de ellos al herido, que tenía la cara empapada y pálida como la niebla.

El tercero le tocó en el hombro.

La ambulancia esperaba en el puente. Cuando se alejó, Harry se volvió hacia el médico y le preguntó en tono confidencial:

—Ha perdido la pierna, ¿no, doctor?

—No, no la perderá —respondió el médico.

El leñador caminó despacio de vuelta al bosque. Subió la cuesta, ayudándose con una mano en cada muslo. Les contó a los otros dos lo que le había dicho el médico. Durante el resto del día, mientras descortezaban el árbol, no podían dejar de reparar en el hoyo en el que había estado atrapado su compañero. Las hojas caídas eran tan oscuras y estaban tan húmedas que era imposible distinguir la sangre. Pero cada vez que miraban hacia allí ponían en duda las palabras del médico.